

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Carlos V contemplando el cuadro del Juicio final.—Copia de Mr. Robert.

CARLOS V EN EL MONASTERIO DE YUSTE.

I.

Carlos V es incontestablemente uno de esos hombres superiores, uno de esos genios raros que marcan con su nombre la época en que han vivido, y que dejan en pos de sí largos recuerdos y profundas huellas. Atrevido conquistador, político hábil y profundo, empero soñando inquieto con el dominio universal del mundo, Carlos V todo lo hizo por la gloria, pero también lo sacrificó todo á su ambición. Los numerosos pueblos que marcharon bajo su bandera participaron del brillo de sus victorias, y sin embargo no siempre, y sobre todo para la España, hizo este brillo su felicidad.

SEGUNDA SERIE.—1855.

La estension de su territorio, su numerosa poblacion, los intereses de toda especie de que tenía que cuidar y defender, junto todo hasta su misma posicion geográfica, concurría á hacer de España un estado completo, un reino distinto y separado, que reclamaba esclusivamente la atencion entera de su príncipe. Poseedor de tantos estados, con la frente cargada de tantas coronas, Carlos V no vió nunca en la España mas que una provincia, un patrimonio, una porcion de aquella vasta monarquía que queria hacer universal. Gobernó mas bien cual una fraccion de un inmenso imperio, que como un reino distinto, al pueblo del mundo menos propósito para ser confundido con otros pueblos.

Los resortes de un poder tan vasto necesitaban para obrar entero desembarazo, completa libertad de movimiento y accion. La independencia de las provincias españolas, sus privilegios, la intervencion de sus cortes en la votacion

AÑO XIII. 25

de los subsidios y contribuciones, todas estas instituciones tan queridas del país, y bajo cuya protección había prosperado, fueron consideradas y rechazadas como obstáculos y trabas por los agentes de un soberano extranjero. La España, que había tenido la desgracia de pasar desde la dominación de sus príncipes indígenas á la soberanía de un príncipe extranjero, opuso una viva resistencia á sus empresas. Mientras que lejos los navegantes y soldados de la España, descubrían y conquistaban para ella nuevos mundos y oro, hallábase turbado su reposo interior. Estallaban revoluciones, formábanse *comunidades* y *germanías*, y la guerra civil y lamentables desórdenes se manifestaban por todas partes.

Tal fué para los reinos de España el reinado de Carlos V. Así, mientras que Francisco I, vencido por él y prisionero se consolaba en Pavía de la pérdida de su reino y de su libertad, por la conservación de su honor, la España asociada á la gloria del vencedor lloraba sobre sus laureles y tesoros la pérdida de su independencia y de sus libertades...

Carlos V, habiendo llegado al apogeo de su poder, quiso humillar su fatigada frente en un claustro, abdicando la corona de España en su hijo Felipe II...

Carlos V había meditado hacia mucho tiempo esta resolución. La emperatriz Isabel de Portugal, cuya memoria le fué siempre tan querida hasta su último día, se asociaba á las ideas de su esposo, y aun se proponía seguir su ejemplo. Habían convenido entre sí, que cuando el estado de los negocios y la edad de sus hijos lo permitiesen, se retirarían inmediatamente por el resto de su vida la emperatriz á un convento, y el emperador á un monasterio. La muerte de la emperatriz acaecida en 1538, aumentó la melancolía que Carlos V había heredado de su madre doña Juana la Loca, y le afirmó en sus disposiciones de retirarse á la soledad. En 1542 comunicó su propósito al antiguo caballero mayor de la emperatriz, Francisco de Borja, duque de Gandía, que á la vista del cadáver corrompido de su augusta ama, había renunciado él mismo á la grandeza de España, á la mas brillante situación, para alistarse en la milicia aun obscura de que Ignacio de Loyola era el poderoso fundador.

La poca edad del príncipe heredero, don Felipe, retrasó los proyectos de Carlos V. Se necesitaba su grande experiencia, su temple de alma y admirable perseverancia para hacer frente al formidable ataque de Mauricio de Sajonia, arrastrando en su defección la Alemania protestante, y asegurándose el apoyo de la Francia. Esta última guerra, aunque hábilmente sostenida, fué desgraciada para Carlos V, disminuyó su prestigio, debilitó la preponderancia que debía á tantas gloriosas expediciones, que habían señalado veinte años de su reinado.

Siempre tranquilo en la adversidad como en la victoria, conoció que ya no era apropiado para general. El que habían admirado sus soldados como el mas diestro jinete en otro tiempo, el que tantas veces había lucido su gallarda persona en las justas y torneos, en fin, el conquistador de Túnez, apenas podía sostenerse ya á caballo!! Tenía que seguir en litera al ejército en las últimas campañas, atormentado por el asma y atacado por la gota, que á veces se le subía hasta la cabeza amenazando matarle repentinamente. Carlos, había ocasiones en que ni aun fuerzas tenía

para abrir los sobres de los pliegos de los reyes y embajadores. Aunque no pasaba de cincuenta años, veíase pintada la decrepitud en sus gastados miembros, en sus ojos casi hundidos, en su barba y sus cabellos prematuramente encanecidos.

Viendo que le faltaban sus fuerzas, y previendo no podría soportar largo tiempo el peso de tantas coronas y la cruda temperatura del Norte, se apresuró á realizar al fin el proyecto de renuncia y de retiro que constantemente le había preocupado. En 1555 tomó la resolución de renunciar á la mano de María Tudor, reina de Inglaterra, que se le ofrecía, y obligó á su hijo don Felipe á casarse con aquella reina á pesar de la desigualdad de edad que existía entre ellos. Y en efecto, el 30 de junio de 1555 encargó al infante hiciese edificar al lado del monasterio de Yuste, en Estremadura, una habitación capaz para vivir con la comitiva de los mas indispensables criados una persona particular. Recomendaba á su hijo y al secretario de Estado, Vazquez de Molina, á quien enteró de su propósito bajo el mas grande secreto, á que se dirigiese para su ejecución á fray Juan de Ortega, general de la orden de los Gerónimos, en quien tenía la mas grande confianza. Al año siguiente envió al general de esta orden el plano de las habitaciones que quería le construyesen en Yuste, y mandó al mismo tiempo á su hijo que antes de marchar á Inglaterra inspeccionase el terreno y escogiese el punto mas apropiado. El infante don Felipe obedeció esta orden, llegó al convento de Yuste el 24 de mayo de 1554, pasó allí un día y se embarcó despues en la Coruña para Inglaterra, donde se casó con María Tudor, hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, tia de Carlos V. En aquella misma época comenzaron los trabajos en Yuste con grande actividad bajo la dirección de fray Juan de Ortega. El emperador recomendaba la pronta conclusion de sus habitaciones, porque deseaba venir á pasar el invierno de 1555 en ellas. Los trabajos no pudieron acabarse con la prontitud deseada.

Carlos V comenzó su plan de abdicaciones. En 1554 confirió á su hijo el reino de Nápoles, no queriendo que el esposo de María Tudor fuese solamente para los ingleses el marido de la reina. El 25 de octubre del año siguiente abdicó en él la corona de los Países Bajos, y el 16 de enero de 1556 le cedió la corona de España con las inmensas posesiones del nuevo mundo descubierto por Colon. Guardó solo para sí el título honorífico de emperador por un tiempo limitado, porque de hecho regía el imperio su hermano Fernando, rey de Romanos. Así á pedazos fué arrancándose el manto de púrpura, y desprendiendo de su cabeza una á una las coronas que le adornaban!...

A pesar de su impaciencia por verse en la soledad de Yuste, tuvo aun que pasar el invierno de 1555 á 1556, como particular en los Países Bajos. En el mes de agosto se separó en Gante de su hijo, á quien ya no volvió jamás á ver, y acompañado de sus dos hermanas Leonor de Austria, reina viuda de Portugal y de Francia, y de María de Austria, reina viuda de Hungría, pero mas célebre como gobernadora general de los Países Bajos durante veinte y cinco años, se embarcó para España arribando á Laredo el 3 de octubre. Desde allí se dirigió á Valladolid en litera, gastando doce días en andar las cincuenta y cuatro leguas que hay de distancia.

Precediale el alcalde de casa y corte, Durango, con

una escuadra de cinco alguaciles con vara en mano, de modo que parecia mas la escolta de un preso que la de un emperador. Las reinas viudas de Francia y de Hungría seguian al emperador en litera, y á una jornada de distancia. Carlos hizo sencillamente su entrada en Valladolid, capital entonces de España, pero quiso que se hiciesen todos los honores reales á las reinas viudas, sus hermanas, que llegaron al dia siguiente. Carlos pasó catorce dias en Valladolid, y el 4 de noviembre, despidiéndose de sus hermanas, se dirigió hacia Yuste, sin mas acompañamiento que una pequeña escolta de caballería y cuarenta alabarderos que debian seguirle hasta el pueblo de Jarandilla que domina el monasterio. Tuvo que detenerse en este pueblo interin acababa de disponerse y alhajarse su habitacion cerca del monasterio. Allí recibió á muchos personajes eminentes, entre ellos á San Francisco de Borja, y se ocupó bastante aun de los negocios políticos. El 27 de diciembre tuvo un ataque de gota que le duró hasta el 27 de enero. Restablecido completamente y preparada ya su habitacion el 5 de febrero de 1557, se dirigió al monasterio de Yuste, á donde llegó á las 5 de la tarde, siendo recibido con campanas por los monges, que entonaron el *Te Deum*. Bajóse de su litera, colocóse en un sillón y se hizo llevar así por dos gentiles hombres, por en medio de los fieles agolpados en la iglesia, hasta las gradas del altar mayor: su corazón se hallaba comprimido, sus ojos cubiertos de lágrimas. Después de las oraciones solemnes fueron admitidos los religiosos á besar aquella mano que tan poderosamente habia sostenido el cetro de la cristiandad. Mostraron algunos tanto celo al besarla, que una vez tuvo que retirar el emperador su mano dolorida con la gota, gritando: *¡Que me haceis mal, padre!* Al salir de la iglesia visitó todo el monasterio y se retiró en seguida á la pacífica morada construida segun sus planos, y donde habia resuelto recogerse antes de su eterno descanso!

El emperador no seguia la regla de San Gerónimo, ni vistió jamás su hábito como han pretendido mal informados algunos historiadores. El emperador, al ir á buscar su descanso en aquel retiro, repetia frecuentemente, *no quiero ser fraile*. Su habitacion estaba suntuosamente alhajada, desde la tribuna de su alcoba podia ver el altar mayor de la iglesia. Habia escluido completamente de su servicio doméstico á los monges. Su comitiva se componia de cincuenta personas. Su mayordomo era don Luis Mendez Quijada, anciano militar, fiel y discreto tutor de don Juan de Austria, fruto de los amores de Carlos con Bárbara de Blomberg. El futuro vencedor de Lepanto vivia en la aldea de Cuacos, casi á las puertas de Yuste, pasando por hijo del honrado Quijada. La mayor parte de la comitiva del emperador se componia de belgas. Con los monges sus vecinos no mantenía relaciones sino puramente religiosas. Habia elegido entre los gerónimos por su confesor á fray Juan Regla, teólogo hábil que habia brillado en el concilio de Trento.

El método de vida que observaba el emperador en su retiro era siempre constante y muy sencillo.

II.

Todas las mañanas al despertar encontraba el emperador á su lado al padre Juan Regla, su confesor, para dirigir

su rezo. Después del confesor el relojero Gianello, que también tenia entrada en el aposento imperial. En seguida aparecian los médicos, los cirujanos, y por fin el barbero encargado de su tocador.

Como el estómago del ilustre solitario no podia permanecer mucho tiempo sin tomar alimento á causa de su extrema debilidad, el repostero le traía un apetitoso refrigerio. Cuatro veces al año el emperador comulgaba, y esos dias, por un favor especial autorizado por una bula del papa Julio III del año 1554, podia romper el ayuno. El huésped de los gerónimos hacia decir diariamente cuatro misas en la iglesia del monasterio; dos en memoria de Felipe de Austria, su padre, y de doña Juana de Castilla y de Aragón (*la Loca*), su madre; la tercera, á la que debian asistir todos los individuos de su servidumbre, se decia á las ocho por el alma de la difunta emperatriz Isabel; en fin, la cuarta se decia por el mismo emperador, á la que asistia bien en el coro de la iglesia si sus fuerzas se lo permitian, ó si no se colocaba en la tribuna de su alcoba que comunicaba con la iglesia.

De la misa pasaba el emperador sin interrupcion ninguna á la mesa. Justificaba de esta manera el proverbio italiano tan comun que dice: *Della messa á lla mensa*. Comia despacio y mucho, con gran disgusto de su fiel Quijada, que veia la mesa de su amo llena de manjares escitantes que le podian producir un ataque de gota. Durante su largo desayuno el ánimo de Carlos V no permanecia en la inaccion. Se divertia en poner temas literarios ó científicos al doctor Mathys y á Guillaume Vanmale, y seguia con ellos con vivo interés una acalorada discusion. Concluida la comida, el padre Juan Regla entraba á leer al emperador algunos fragmentos de San Agustín ó de San Gerónimo, empleando después el tiempo en alguna conversacion piadosa. Pero como la biblioteca particular del emperador no se limitaba solo á los Padres de la Iglesia, algunas veces cedian estos su lugar á las historias de Thucydides, al cual Carlos V habia demostrado siempre una marcada predileccion, y que llevó siempre en todos sus viajes, ó bien recitaba trozos de los Comentarios de César, lectura de que igualmente gustaba mucho. Después de esto Carlos V dormia una corta siesta, hasta que á las tres la campana del convento llamaba á la comunidad al coro.

Después de tomar la venia del emperador, sus predicadores subian alternativamente al púlpito tres veces á la semana, el miércoles, el viernes y el domingo; los demas dias Bernardino de Salinas leia fragmentos de la Biblia, y muchas veces las epístolas de San Pablo á los romanos, que Carlos no dejaba de escuchar. Asistia al sermón, ó á la lectura pública siempre que sus indisposiciones, se lo permitian. Cuando sucedia que no podia asistir, el padre Regla le hacia una sucinta relacion de lo que habian predicado ó de lo que se habia leído.

Carlos V empleaba el resto de la tarde en dar audiencia, en leer los despachos que le venian de Valladolid, en el despacho de los negocios que se reservó, ó en contestar á las respetuosas consultas que le hacian la regente de España ó Felipe II. Martín de Gaztelu, su secretario político, escribia entonces al dictado la respuesta á los despachos que le enviaban los consejos de Valladolid ó Bruselas. Paseos por el jardín del monasterio ó escursiones en litera por el bosque, eran las principales distracciones del valedor.

ordinario emperador. Cuando se sentia bien dejábase llevar de su afición decidida por la caza; pero en vez de hacer la guerra á los jabalies ó de correr el ciervo, debía contentarse con perseguir inocentes pajarillos. Así es que Martín de Gaztelu escribía al secretario Juan Vazquez, el 5 de junio de 1557, como un suceso importante: *Que el emperador habia matado dos perdices con su arcabuz sin haberte-nido necesidad de ayuda para levantarse de su sillón, ni para sostener el arcabuz.* En cuanto á la equitacion, no debía pensar mas en ella despues de la desgraciada prueba que hizo el día de su entrada en la corte. No bien habia montado en la silla, cuando un grantemblo se apoderó de todos sus miembros; luego le dió un vértigo, y su servidumbre tuvo apenas tiempo para recogerle en los brazos y evitar una funesta caída. Así Carlos V debió contentarse desde entonces con pasear por la terraza ó bajo el frondoso follage de los naranjos que rodeaban la habitacion imperial.

A la vuelta del paseo el emperador dejaba rara vez de ir á colocarse en la tribuna de su dormitorio para asistir á visperas. En seguida cenaba, es decir, hacia una comida tan larga como la de la mañana, que consistia frecuentemente en salmon salado y otros manjares indigestos. Luego que habia aplacado el hambre tomaba como recurso la cerveza para apagar su sed. Era su *antigua costumbre*, segun la espresion de su servidumbre, y á la que no quiso renunciar á pesar de los repetidos consejos de los médicos.

Lejos de experimentar pesar de la determinacion que habia tomado de encerrarse en el monasterio de Yuste, Carlos gozaba en la monótona tranquilidad de su nueva existencia. Quijada, vuelto á Yuste despues de cuatro meses de ausencia, dice el 30 de agosto de 1557 en su correspondencia con el secretario de Estado, Juan Vazquez, *que al emperador es el hombre mas feliz del mundo, y que no ha soñado jamás el abandonar el monasterio.*

Pero ya se ha podido conocer que el espíritu de Carlos V, lleno aun de vigor, estaba lejos de encerrarse en el recinto del claustro. No cesó de ocuparse con el mayor interés del buen gobierno de la monarquía, del engrandecimiento de su hijo y de la casa de Austria.

Una profunda política se descubrió siempre en el piadoso solitario, y el hábito de mandar sobrevivió en él aun despues de la abdicacion.

Durante su estancia en Jarandilla, Carlos V escuchó con avidez la lectura de los despachos que de Flandes é Italia le enviaba el secretario Vazquez de Molina, y que le leia Gaztelu. Despues de haberlos oido exclamaba siempre: *¡No hay mas!* El mismo escribía frecuentemente á su hijo, aconsejándole en los primeros ensayos de su reinado, y muy á menudo dirigia á la princesa regente y al consejo de Valladolid despachos apremiantes para que el rey fuese fuertemente apoyado, y no se pusiesen trabas á las operaciones de la guerra con dilaciones que podian ser perjudiciales y funestas.

Despues de su entrada en el claustro continuó desplegando la misma fuerza de alma y de voluntad. El 20 de febrero de 1557 escribió á su hermana la reina de Hungría, que estaba muy satisfecho de encontrarse en el monasterio de Yuste, pero que no por eso dejaria de ayudar de obra y palabra á cuanto su hijo el rey necesitase en los graves negocios que traia entre manos.

Rehusó, sin embargo, prestar este socorro tanto como hubiese deseado Felipe II. Este principe envió á Yuste á su favorito Ruy Gomez de Silva, para que persuadiese á Carlos V que saliese del monasterio y conservase la corona imperial. Ruy Gomez llegó al monasterio el 25 de marzo de 1557, y por espacio de dos días tuvo largas conferencias con el gefe de la casa de Austria. Carlos V desechó la proposicion de su hijo, pero dictó sabias medidas para que el ejército de Felipe II en Flandes y el del duque de Alba en Italia recibiesen sin tardanza el dinero y refuerzo que les hacia falta.

Fué estremada su alegría al recibir la noticia de la gran victoria conseguida en San Quintín el 10 de agosto de 1557 por los españoles, empero esta alegría se mezcló con el sentimiento que tuvo cuando supo que su hijo no habia estado presente en el campo de batalla. Esforzóse en olvidar esta malhadada ausencia, calculando las consecuencias de una victoria que segun él, debía conducir rápidamente á Felipe II hasta las puertas de París. Pero esta esperanza salió igualmente fallida.

Si en sus conversaciones y cartas Carlos creia deber tener algunas consideraciones con su sucesor, no tenia la misma reserva cuando se trataba de apreciar la conducta de los principales generales de Felipe II. El duque de Alba, sobre todo, desde que habia tratado mal y de una manera humillante al papa Paulo IV, era el objeto de las mas amargas reconvenções de su antiguo amo. Carlos decia que en su tiempo no se habian visto cosas parecidas. Hubiera sido mas justo dirigir estas reconvenções á Felipe II cuyas instrucciones habia seguido el duque de Alba. La toma de Calais por el duque de Guisa (el 4 de febrero de 1558), puso colmo al descontento del emperador y declaró que era el disgusto mas grande que habia tenido en toda su vida.

A la vista del revés de fortuna que acababa de declararse, y convencido de la necesidad de grandes esfuerzos para impedir una invasion en la monarquía española, Carlos hizo estender la voz que al fin se disponia á salir del monasterio de Yuste y á tomar él mismo el mando de las tropas españolas destinadas á penetrar en Francia por Navarra. Empero no contaba con su salud para llevar á cabo este proyecto. En realidad Carlos V lo hizo solamente para estimular al consejo de Valladolid, y escitar el entusiasmo de los españoles para la guerra.

Hacia fines del año anterior las reinas viudas de Francia y de Hungría habian venido á pasar dos meses en Jarandilla. Carlos V recibió con cariño á sus dos hermanas con quienes estaba tiernamente unido, sin ofrecerles hospitalidad en su reducido palacio de Yuste. Este honor le estaba reservado á Felipe II para cuando volviese de los Países Bajos. Por lo demas Carlos V se esforzó en realizar los deseos mas ardientes de la reina Leonor, obteniendo despues de largas negociaciones que la infanta María de Portugal viniese á España para ver á su madre. Hubiera querido que esta reunion fuese definitiva, pero no pudo vencer la repugnancia de la corte de Lisboa, ni triunfar del rencor que la infanta alimentaba contra sus parientes de España, desde que Felipe II habia preferido á María Tudor para esposa.

Las dos reinas se separaron de su hermano el 14 de diciembre, y se dirigieron á Badajoz, donde por otro lado

la infanta María de Portugal llegó el 27 de enero del año 1383. Después de haber pasado ocho días con su hija la reina Leonor, acompañada siempre de su hermana María de Hungría, se disponía á hacer una peregrinación á Nuestra Señora de Guadalupe, pero al llegar á Talavera-la cayó gravemente enferma y murió en 18 de febrero.

Este suceso consternó á Carlos V. Gruesas lágrimas humedecieron su rostro. Tenía el presentimiento de que pronto había de seguir á la reina Leonor, su hermana mayor, pues solo le llevaba quince meses, *podrá suceder que antes que pasen esos quince meses*, dijo el emperador, *vaya á hacerla compañía*. Su dolor se renovó cuando después de haber tributado los últimos honores á su hermana la reina María, vino de Yuste. Al verla entrar sola en su cuarto, conoció toda la estension de la pérdida que había sufrido. Resolvió, sin embargo, por el interés de su hijo, separarse de la antigua regente de los Países Bajos, á pesar de que María de Hungría espresó terminantemente su resolución de no volver á ocuparse en los negocios del Estado. Carlos V empleó toda su influencia para hacerla cambiar de resolución, y consintió en volver á encargarse del gobierno de los Países Bajos, empero no tuvo tiempo de cumplir el nuevo sacrificio que quería hacer por su hermano, porque murió á pocas semanas después que éste, cuando se preparaba á volver á las provincias que había gobernado durante una cuarta parte del siglo.

Carlos V, que había consentido, no sin pesar, en suspender su renuncia al imperio, hasta que su hermano Fernando estuviese seguro de los electores, hizo al fin su renuncia el 28 de febrero de 1538, y el 12 de marzo subió al trono imperial, su hermano Fernando. Inmediatamente renunció á todos los títulos que había usado hasta entonces. Mandó hacer un sello sin corona, sin águila, sin toison, sin ningunas armas, mas que un escudo alternando los cuarteles de España con los de Borgoña, para servirle de él como persona particular. Hizo quitar los escudos de armas de sus habitaciones y mandó omitir en las oraciones de la iglesia y de la Misa, su nombre, substituyendo el de su hermano Fernando. *En cuanto á mí*, dijo á su confesor el padre Juan Regla, *me basta el nombre de Carlos, porque yo no soy nadie!*

Sin embargo, aun era inmensa su autoridad. Tuvo una gran parte en los procedimientos severos que desplegó la Inquisición contra los luteranos que se descubrieron en España, siendo víctimas de su rigor dos antiguos predicadores del emperador, Constantino Ponce, canónigo magistral de Sevilla, y Agustín Cazalla, canónigo de Salamanca, que ambos perecieron públicamente en la hoguera.

III.

Uno de los episodios mas interesantes, y que mas se han contradicho en estos últimos tiempos, son los funerales de Carlos V celebrados en vida, en el monasterio de Yuste.

No parece comprobada de una manera indudable la verdad histórica de este suceso extraordinario, que con tantos detalles refiere el celebre historiador Robertson, fundado en la relacion de los monges gerónimos, que escribieron en aquella época. Fúndanse los que impugnan este suceso, entre ellos el historiador mas reciente y estu-

dioso de España don Modesto Lafuente, de cuya escelente obra hemos sacado los principales datos para estos estudios, en el silencio de Quijada, Gaztelu, el doctor Mathys y otras personas de la comitiva del emperador, que nada dicen de estos funerales, cuando consignaron por escrito aun los actos mas insignificantes, pueriles y ordinarios de la vida de su augusto amo. Nosotros, sin embargo, dando fé á los hechos consignados por los monges gerónimos, referimos lo que consta en los escritos de éstos.

El 24 de agosto, mejorado Carlos de un ataque de gota que había padecido durante quince días, hizo llamar al padre Regla, su confesor, y le dijo:

—Fray Juan, me parece conveniente hacer los funerales de mis parientes, así como los de la emperatriz, pues, que en este momento estoy bueno y no siento ningun dolor, ¿qué os parece?

El confesor respondió:

—Señor, bien hecho estará, sobre todo si vuestra magestad, puede asistir como desea. Se harán, cuando vuestra magestad quiera.

—Entonces, tendría gusto de que se hicieran desde mañana, y que el Oficio de Difuntos, se cantase con mucha pausa y solemnidad y que se digan muchas misas. Quiero también que se digan misas rezadas por el alma de mis parientes, y la de la emperatriz, además de las que ordinariamente se dicen.

Ejecutáronse estas órdenes. Todos los días el emperador salía á la iglesia con una hacha encendida que llevaba el page y asistía á todos los oficios, no ya en la tribuna sino al pie del altar mayor, leyendo el Oficio de Difuntos en unas *Horas* usadas y bastante mal encuadradas. Después de haber celebrado los sufragios por sus parientes, pensó en sí mismo Carlos V, é hizo llamar de nuevo á su confesor.

—¿No os parecería conveniente, le dijo, que puesto que he hecho celebrar los funerales de mis parientes, hiciese celebrar también los míos, siendo testigo de lo que bien pronto deberá hacerse por mí?

Conmovióse y asombróse mucho el confesor con esta propuesta.

—¿Dios conceda á vuestra magestad largos años de vida, tartamudeó con las lágrimas en los ojos, y no quiera vuestra magestad anunciarnos su muerte! Cuando plazca al Señor llamarle á sí, los que queden aquí, pagarán esta deuda, y cumplirán con la obligación que tienen.

Pero el emperador, acosado siempre por su idea fija, le preguntó, si no sería esto provechoso para su alma.

—Sí, respondió fray Juan, mucho, porque las obras piadosas que hace uno en vida tienen mas mérito y eficacia que las que otros hacen por uno, después de la muerte, y ójala todos nosotros hiciésemos lo mismo yuviésemos tan buen pensamiento!

Segun las terminantes órdenes del emperador, comenzaron los funerales aquella misma tarde. Púsose en la iglesia un catafalco rodeado de blandones y hachas, en mas número que en los anteriores funerales, y el emperador asistió á la Vigilia con las gentes de su comitiva vestidos todos de luto. A la mañana siguiente, 30 de agosto, se celebró la misa. El emperador fué á entregar su vela en manos del preste, cual si hubiese entregado su alma en manos de Dios!.....

Lo que no es cierto es, lo que dice Roberston y otros historiadores, de que se hubiese tendido sobre un féretro, y cubierto con un paño mortuario. Esto hubiera sido ridículo, pueril, lo otro nos parece eminentemente religioso y cristiano.

Para nosotros los testigos de esta escena, dice el monje de Yuste, fué un espectáculo muy imponente y muy nuevo el de unos funerales hechos para un personaje vivo aun, y aseguro que se nos partía el corazón de ver que hubiese querido un hombre, en cierto modo enterrarse vivo, y hacer sus funerales antes de morir.

Después de esta patética ceremonia se retiró á la tribuna é hizo que le trajesen el cuadro del *Juicio final* del Ticiano, página admirable en que aquel gran maestro habia espresado los efectos de la esperanza y del temor. Todos los que se hallaban presentes, notaban la profunda impresion que aquella muda contemplacion producía en el alma del emperador, cuyo rostro comenzaba á inmutarse. Comió después sobre el terrado de su habitacion, aunque el reverbero del sol era muy fuerte. Comió poco y con poco apetito. Hizo llamar al guarda-joyas y le pidió el retrato de la difunta emperatriz. Púsose á contemplarlo atentamente, pero su médico le suplicó no prolongase una meditacion que parecia afectarle. ¡Era ya demasiado tarde!.... El emperador se volvió hácia su médico diciéndole:

—Me siento malo.

Le trasportaron á su cama con calentura, y desde aquel momento se fué agravando su enfermedad.

Carlos V dejó de existir el 21 de setiembre de 1558,

á las dos y media de la mañana en el momento mismo dice la crónica de los gerónimos en que se concluían de cantar en la iglesia del monasterio, los maitines del apóstol San Matías.

La vispera de su muerte espresó formalmente su intencion, de que nadie después de él volviese á ocupar la casa construida para su habitacion.

Por dos siglos y medio se han estado enseñando al curioso viajero estas habitaciones, cual un venerable y glorioso monumento histórico del poder y de la abnegacion cristiana.

En el año de 1840, estinguidas ya las órdenes religiosas, vendido el monasterio, fué comprada en pública subasta esta casa de tantos y tan interesantes recuerdos históricos, por don Bernardo Borja y Tarrius, en la cantidad de DOS MIL REALES DE VELLON. Increíble parece tanto descuido en conservar esa página gloriosa de nuestra historia vendida á mas vil precio que una miserable barraca!!!

El grabado que acompaña á este artículo y que representa el momento de contemplar Carlos V, después de sus funerales el *Juicio final* de Ticiano, es copia de un magnífico cuadro de Mr. Robert, presentado en el año pasado de 1854 en la esposicion de pinturas de Bruselas, y que se halla en la actual esposicion de la industria francesa, en el palacio de Bellas Artes.

JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL TALENTO DE LOS ANIMALES.

LOS PERROS DE CAZA.

El conde de L... habia convidado á varios amigos suyos á su magnífica quinta. A la entrada del jardín vimos á *Turco*, uno de sus perros de caza, guardando esta con la misma exactitud, con la misma fidelidad que pudiera hacerlo un guardia civil. Al fin de un gigantesco jarrón, en cuyos bajos relieves se veía un caballo, una serpiente y un perro, habia una ancha cesta donde habia faisanes, perdices, chochas y una gran liebre, todo chorreando sangre aun, y coronado de un pavo real, cuya brillante y deslumbradora cola estaba destinada á figurar en el plato de enemigo de la mesa del magnífico festín que preparaba el conde. *Turco*, con las dos patas de delante muy derechas, las orejas gachas, velaba estóicamente sobre aquellos tesoros confiados á su honor, á su lealtad, volviendo apenas su cabeza para atender á las fiestas que le hacían los que pasaban por delante. El famoso pintor Juan Wienix ha pin-

tado sobre este asunto un precioso cuadro, cuya copia representa el grabado que damos hoy en nuestro Museo.

El conde de L... me presentó solemnemente á *Turco*, con quien debia yo tener el honor de cazar aquel día. Relevado así de su centinela, mostróse el perro muy gozoso: dió gracias á su amo, y meneando la cola me miró con cierta satisfaccion.

—Escelente animal, me dijo el conde, fino oído, delicado olfato y piernas como el viento, pero os prevengo que sabe mucho, que detesta los cazadores torpes, que no le gusta meterse en el agua, y que algunas veces hace de las suyas, haciéndose el maula.

—El perro es como todos los animales, como el caballo, que conocen los que los dirijen... En cuanto á hacerle entrar en el agua, vamos á verlo ahora mismo, le dije con cierta presuncion.

Llamé al animal, le di un pedazo de carne de la que habia en un plato, y saliendo al jardín, cogí una perdiz de las que habia en el cesto que antes guardaba *Turco*, la arrojé á un estanque, y le mandé que fuese á buscarla. *Turco* me miró de soslayo, y se lanzó... por el flanco derecho, costeano el agua sin meter las patas en ella. Hacía muchísimo frío; el picaro queria ahorrarse el baño. Renové mi

mandato. El perro echó á correr mas de priesa... empero siempre por la orilla... en fin, tropezó una de sus patas en no sé qué que le hirió, dió un lamentable aullido, y volvió cojeando de la pata derecha tan lastimosamente, que renunciando á la prueba que me habia propuesto, solo pensé en curarle... Observé y palpé su pata derecha con la mayor precaucion, y nada le hallé; empero el animal dió un agudo aullido como si hubiese tocado en alguna espina que se le hubiese introducido. Compadeciame yo, cuando el conde agitando un látigo llama al perro con ira, y le grita:

—Al agua, vamos...

Inmediatamente *Turco* va y viene cojeando siempre delante del terrible látigo, dándome á entender con su doiente mirada el mal que le causaba con mi experimento; metia una de las patas en el agua, y luego la retiraba con temblor, implorando con la vista la clemencia de su amo. Ya intercedia yo con el conde para que dejase libre al perro, pero éste, crugiendo el látigo, juntó sin compasion los golpes á las amenazas, y me gritó burlándose de mi emocion.

—¿No veis?

Observo la carrera del perro, y me quede asombrado de vergüenza y de admiracion...

Antes cojeaba de la pata derecha, ahora cojea de la izquierda. Su herida era puro fingimiento, con el que me habia engañado. El miedo del látigo habia descubierto al picaro, quitándole la memoria.

Grite yo tambien entonces enfadado, ¡al agua! y viéndose descubierto se arrojó al estanque de un salto y me trajo la perdiz.

—¡Muy bien! dijo el conde, amenazando aun al perro con el látigo, si hubiérais cedido, el perro se hubiese burlado completamente de vos, nada hubiérais podido hacer con él... Ahora podeis iros á cazar, y vereis que hace prodigios... Si sois buen tirador.

Durante este tiempo, *Turco*, andando perfectamente con sus cuatro patas, habia ido á sacudirse al sol el agua, y restregarse en la yerba, y volvió tan seco y reluciente como sino hubiese tomado tal baño.

Una hora despues, el conde, algunos amigos y yo, estábamos con el perro y nuestras escopetas en el soto.

Turco marchaba delante de mí con el mayor ardor, y levantaba la caza. Me dió, ademas, una prueba impagable de su afecto, viendo á otro cazador que se acercaba adonde yo estaba. Robóle con la mayor sutileza de su morral una perdiz, y muy poco á poco me la vino á traer con gran risa del que me acompañaba.

Esta hazaña le valió un latigazo, pero halló un medio de contentarme despues. Una tempestad nos hizo refugiarnos en una casa de campo. Nos pusimos á atacar los fusiles con periódicos rotos. *Turco* lo habia observado y se aprovechó de su observacion desapareciendo sin hacer ruido alguno por los cuartos interiores de la casa...

Cuando nos marchamos, le llamé en el camino, no viéndole, cuando le veo llegar corriendo, jadeando, trayendo en su boca una coleccion completa de un periódico de modas cuyos números habia ido recogiendo de cuarto en cuarto. Sirviéronme para cargar mi escopeta.

Muy pronto tuve ocasion de lanzar la primer hoja del periódico, en medio de una bandada de perdices. *Turco* la

habia sentido, y la habia hecho levantar justificando así los elogios de su amo. Desgraciadamente no maté ninguna. Miróme el perro con el asombro de una ilusion que se desvanece. Acababa de bajar mi crédito en el concepto de *Turco*. Un cuarto de hora despues, levanta *Turco* otra pieza, disparo otro tiro, y lo yerro tambien... *Turco* pasó de la admiracion al mal humor. Me miró con un gruñido sordo como un veterano mira á un quinto. En fin, *Turco* hizo saltar una hermosa bandada de perdices, tiró, y la misma torpeza: no la doy. Entonces el perro me lanza una terrible mirada de ironía, quédase un largo minuto inmóvil en su puesto, mide insolentemente la distancia á la cual he errado el tiro, y en que debieron caer lo menos ocho perdices, y despues, viniendo hácia mí con las orejas y la cola gachas me miró, y pareciendo decirme:—¡Ah! para cazar así está de mas mi habilidad y talento... Y plantándome allí, por mas que le llamo y amenazo se volvió á buscar á su amo á mas de media legua de distancia.

Fácil es de concebir el mal humor y triste facha con que me presenté en la quinta despues de mi poca afortunada caza. Guardeme muy bien de contar á nadie mi torpeza, proponiéndome desquitarme de ella al dia siguiente.

Armado de mi escopeta y con mi morral á la espalda, llamé al *Turco*, y no me costó poco trabajo el hacerle salir conmigo al campo. Parecia que el bribon me decia con sus miradas, que no creia que yo atrapase nada, y que era mas salir á dar un paseo que á caza, y el animalito pareció entenderlo así, pues se hacia el remolon, y solo se entretenia en hacer saltar los pajarillos, y me despeaba andando por el soto de aquí para allí. Conoci que se burlaba completamente, pero le apliqué un latigazo; entonces levantó una hermosa liebre que tiré, pero que tambien erré. Aprovechése del momento éste para ocultarme entre las matas el látigo con que le habia castigado, y que no pude volver á encontrar.

Aburrido, fatigado, volvíme á la quinta llevándome á ella á *Turco*, sin aguardar á que como el dia antes me dejase él.

Creime vengar de él, diciéndole al conde que su tan celebrado perro no valia un diablo, que no tenia ni oído, ni olfato, ni sabia buscar y levantar la caza, empezó el conde tomando seriamente la defensa de su perro favorito.... puso el colmo á mi derrota y confusion y al triunfo del animalito saliendo con él y matando á mi propia vista y casi en las inmediaciones de la quinta, diez piezas, ya al vuelo, ya paradas.

Confesé entonces francamente que el primer dia habia errado seguidos tres tiros.

—Tres tiros seguidos, exclamó el conde riendo á carcajada tendida. No me digais mas. Si me lo hubiérais dicho ayer, os hubiérais ahorrado el paseo de hoy. *Turco* ha creído que no érais cazador sino de los que tiran á los gorriónes, y no podriais hacer carrera con él.

No me quedó mas recurso que bajar mi cabeza ante el talento de un animal, y rogar al conde que me contase la historia de *Turco*.

—De muy buena gana, me dijo llamándole, como si hubiese podido comprenderlo. Brilló el ojo del perro, y movió orgullosamente su cola en tanto que contaba el conde su biografía. Os contaré algunos hechos que me hacen querer

muchísimo a mi fiel *Turco*. Lo llevé conmigo a la guerra de Navarra. Era de verle marchar delante de mi regimiento al ruido de la banda de tambores y entre los pillos que le acompañaban al entrar en los pueblos! Era preciso verlo en el campo de batalla entre el estruendo del fuego de fusilería ir y correr de un lado á otro! Un día un faccioso trató de apoderarse de mi bagaje que habia dejado cerca de un árbol bajo la custodia y vigilancia de *Turco*, éste le obligó á

ra hacerme volver en mí... Si hubiese dado un solo paso, si da el menor ladrido, era descubierto y fusilado, pues era antes del tratado del lord Elliot. Permaneció allí una hora silencioso, inmóvil, y solo por la noche cuando ya habian pasado las tropas carlistas, ladró alegremente, y corriendo delante de mí, me guió á donde habia un destacamento de las tropas de la reina.

El lebre! de Federico el Grande no ha merecido mejor



El pavo real y la liebre.

soltarlo y á subirse á un árbol para huir de sus terribles dientes. *Turco* se estuvo allí quieto, y lo cogieron prisionero mis soldados. Otro día se me perdió, y para buscarme en medio de la division, fué recorriendo todos los regimientos hasta encontrar con el mio, tardando varios dias en su correría.

En la cuesta de Salinas, en Alava, fui herido, y no escapé de caer prisionero sino por haberme ocultado entre unas zarzas. *Turco* fijo allí á mi lado me lamia el rostro pa-

que *Turco* los honores del sepulcro que su augusto amo le ha levantado en Berlin.

Al mes siguiente de este suceso, una bala, porque he sido muy poco afortunado en la guerra, me dejó casi por muerto, pero esta vez quedé tan al descubierto, que dos facciosos iban ya á concluir conmigo por robarme. *Turco* se lanzó sobre ellos y me defendió con rabia. Intimidó tan bien á mis dos enemigos, que no podian atraer la atención con un tiro, porque eran unos rezagados de la facción, y

cerca venían nuestras tropas, que no se atrevían á despojarme de mis ropas. Mientras que no me quitaron mas que el dinero; el perro sabiendo la poca importancia que le doy, contuvo voluntariamente su resistencia, pero cuando su mano audáz trató de arrancarme la cruz de San Fernando... entonces el animal da un salto, muerde, y de una

me la arranca del pecho, y cree el faccioso que se la ha tragado! ¡Este hecho le parece tan prodigioso, que huye despavorido!.... Una hora despues vuelvo en mí, abro los ojos, y lo primero que veo es mi perro que me devuelve mi cruz que habia guardado en su boca, y marchando sin pedir recompensa, va en busca de algunos soldados



La caza del ciervo.

dentellada se queda con dos dedos. Huye el primer faccioso mutilado, y el segundo insiste, y comienza de nuevo la lucha. Tres veces el carlista se apodera de la insignia militar, y tres veces tiene que soltarla. En fin, *Turco*, conociendo que va á ser vencido, se arroja sobre la cruz,

mios, que conduce al sitio donde me hallaba herido. Advertid que durante el camino, y matando dos pájaros con una misma pedrada, habia hecho cayesen prisioneros de mis soldados los dos facciosos que contaron este admirable lance, muy celebrado en el cuartel general.

SEGUNDA SERIE.—1855.

AÑO III. 20.